

alargaba las patas, y permanecía inmóvil así durante horas enteras, dando señales de la mayor satisfacción.

» Al cabo de un mes pudo tenerse en pie y comenzó á beber: con una pata sujetaba fuertemente la vasija que le daban; sumerjía su pico en el agua, echaba vivamente la cabeza hácia atrás, lanzaba de su garganta una gran cantidad de líquido, y cerraba el pico despues. Bebia como los buitres y los avestruces, bastándole cuatro ó seis sorbos para apagar su sed.

» En aquel momento procuraba dar picotazos en las manos y los pies de cuantas personas le rodeaban; pero nunca hizo daño alguno á su amo. Al cabo de un mes le llevé á Murcia: tenia entonces todas sus plumas: las del collarin comenzaban á crecer; tenia la cola bien formada; pero no alcanzaba aun todo su largo. Le puse en una gran jaula, á la que se acostumbró fácilmente; pero en los dos primeros dias no comió ni bebió mas que agua; al cabo de este tiempo tuvo hambre, y aunque le di huesos y restos de gallina, no tocó nada. Entonces quise introducirle por fuerza un hueso en la garganta, y lo vomitó en seguida; hasta mucho despues no quiso comerlos. Trágaba con avidez la carne fresca de carnero y de vaca. Despues de haber comido la primera vez en su nueva jaula, echóse sobre la arena para descansar y calentarse al sol.

» Algunos dias le bastaron para llegar á conocerme como á su amo: me contestaba; acudia á mi llamamiento, y dejábase acariciar y cojer por mí; mientras que erizaba su plumaje si se acercaba alguna persona desconocida. Parecia que profesaba un odio particular á los campesinos que llevaban el traje del país: cierto dia se precipitó gritando sobre un muchacho á quien habia dado yo el encargo de limpiar la jaula, obligándole á retirarse á fuerza de picotazos; otra vez desgarró la chaqueta y el pantalon de un labrador que entró en mi cuarto. Cuando se acercaban un gato ó un perro, erizaba sus plumas lanzando gritos de cólera; mas apenas oía mi voz, se aproximaba al enrejado y manifestaba su contento de diversos modos; pasaba el pico por las varillas y jugueteaba con mis dedos, sin hacerme nunca daño, aunque se los introdujera en la boca. Cuando le dejaba salir, manifestaba una gran alegría, y paseándose alrededor del patio, alisaba sus plumas, tratando de volar.

» De vez en cuando le limpiaba la extremidad de las pennas, porque las ensuciaba continuamente. Al efecto le introducía en un cubo y le regaba, baño que le era muy desagradable, pues cada vez que se repetía, agitábase como un furioso. No tardó en reconocer el cubo y temerle. Cuando su plumaje estaba seco, parecia hallarse mas á su gusto, y agradábase que le ayudasen á poner sus plumas en orden.

» Vivió así hasta fin de mayo: comia solo carne y huesos, mas no pájaros: le di palomas, gallinas, perdices, patos, tordos y chovas, y no tocó jamás á ninguna de estas especies, por mucha hambre que tuviese. Si le introducía por fuerza carne de pájaros en el pico, con ó sin las plumas, la vomitaba al momento; pero en cambio, devoraba la de toda especie de mamíferos: este ensayo, repetido varias veces, me dió siempre los mismos resultados.

» Á fines de mayo proporcioné á mi favorito, pues ya lo era, un compañero de cautividad: un campesino me envió á decir que habia cazado un águila real, que tenia el ala rota, y que me la vendría si deseaba comprarla. Yo rehusé porque me bastaba un ave de rapiña; pero el campesino volvió y me trajo la madre de mi gipaeito; preguntéle cómo pudo cojerla y me contestó que su hija le dijo dias antes, que detrás de la casa, y sobre una roca, habia un hombre embozado en una capa negra, el cual permanecía inmóvil. El buen hombre cojió la escopeta, dirigióse al sitio; y á cien pasos de distancia vió el gipaeito en una caverna, protegida contra los rayos del sol; hizo fuego sobre él, y de un balazo le rompió un ala por la articulacion del carpo. Herida el ave, echóse sobre el lado sano, y manifestaba su cólera abriendo el pico y erizando las plumas del cuello. Si se acercaba alguno, seguía con la vista todos sus movimientos, tratando de dar picotazos; y sujetaba fuertemente lo que una vez habia cojido.

» Comencé por cortar el ala al ave herida, operacion que la enfureció; mordía todo lo que alcanzaba, y servíase de sus uñas con destreza. Despues le puse con el gipaeito jóven, y al momento se echó sobre el suelo de la jaula. El pequeño dió vueltas á su alrededor, sin conseguir llamar su atencion; luego le presentamos carne y no tocó á ella; á la mañana siguiente se sostenia ya sobre sus patas, y al otro dia solté á las dos aves en el patio. El gipaeito

viejo andaba con mesurado paso, pendientes las plumas de las alas, levantada la cola y el pico abierto, sin fijar al parecer su atencion en todo lo que le rodeaba. Habiéndole dado agua, acudió el mas jóven y comenzó á beber, y al verlo el otro, dirigióse tambien hácia la vasija, y apagó su sed con visible complacencia. Poco despues estaba ya mas contento, y tragó la carne que le pusieron en el pico, y que no habia querido antes; mas no tocó la de las aves, ni se pudo conseguir nunca que comiese el mas pequeño pedazo.

» Bien pronto se dispó su cólera: eligió en la jaula una promi-nencia de la pared y fijó allí su domicilio. Estaba todo el dia en el mismo lugar, sin hacer caso de lo que pasaba á su alrededor, y cuando se le ponía en el patio; apresurábase á volver á su sitio: al cabo de pocos dias pude acariciarle.

» Poco tiempo despues proporcioné á los dos gipaeitos la compañía de una chova: no hicieron aprecio al parecer del recién llegado, y este no tardó en cobrar confianza y envalentonarse; rechazaba á picotazos á los gipaeitos cuando se acercaban á su abrevadero, sin permitirles llegar hasta que habia apagado su sed; tambien les quitaba los pedazos de carne que iban á comer. Las dos rapaces se sometían á tales exigencias, y esperaban, mirando con estúpidos ojos, hasta que la chova acabase de beber, avanzando luego tímidamente para hacer lo mismo. Parecia que aquellos gipaeitos eran de índole muy afable: cuando estaban sobre la percha mas elevada de su jaula, podia yo pasar por debajo de ellos, sin que tratasen de hacerme daño, y aun el mas jóven se bajaba para prodigarme una caricia.

» Algunos dias despues recibí un águila leonada jóven, que tenia casi bastante fuerza para volar, y con ella dos pernopteros. Los gipaeitos parecieron admirarse de ver á los recién venidos; pero no les hicieron ningun daño, y el jóven llegó á permitir, cuando se extendió en la arena, que uno de los pernopteros se posara sobre su lomo. Introduje luego entre ellos un seudaeto Bonelli, y desde aquel momento, quedó turbada la buena armonía para siempre.

» Sin embargo, esta última rapaz iba á tener un adversario digno de ella: trajéronme otro pernoptero y un gran duque; este último buscó al momento el rincon mas oscuro y tranquilo; sus compañeros le miraron largo tiempo con curiosidad, y acercándose el jóven gipaeito, contemplóle detenidamente, y quiso tocar con el pico el plumaje de su taciturno compañero. El gran duque le descargó tan vigoroso golpe con su garra, que le dejó estupefacto, y la rapaz se retiró como admirada de aquel recibimiento tan brutal.

» Por la tarde se reunían todas aquellas aves en la percha: colocábase primero el águila leonada; á su lado el gran duque y el gipaeito jóven; despues el pernoptero; y en último término el gipaeito viejo: el seudaeto Bonelli no se posó nunca. Mientras yo estaba en la jaula, permanecieron tranquilos, mas apenas salía, el gipaeito jóven comenzaba á molestar al gran duque, recibiendo fuertes golpes á cada tentativa de agresion. Sin embargo, no renunciaba á sus ataques, hasta que el gran duque se resolvía á posarse en el suelo de la jaula, donde encontraba al seudaeto Bonelli. Entonces daba principio la lucha entre los dos prisioneros, los cuales se arañaban y arrancaban las plumas; mientras que las demás aves permanecían tranquilas contemplando la pelea.

» El color rojo no impresiona á los gipaeitos, segun he podido asegurarme varias veces. Veíanme á menudo con una bata forrada de colorado, y nunca parecían irritarse. Tampoco manifestaban ninguna inclinacion particular hácia los niños, como dice Crespon al hablar del gipaeito de Cerdeña. Cuando andaban sueltos por el patio pasaban á menudo cerca de los niños que jugaban, sin tocarlos nunca, ni dirigirles siquiera una mirada. Solo cuando se les irritaba se ponían furiosos; el jóven, sobre todo, era menos sufrido; pero su cólera se desencadenaba lo mismo contra las personas mayores que contra los niños.

» Por desgracia se hallaba expuesta la jaula á los abrasadores rayos del sol de España, á lo cual se debió probablemente que el gipaeito viejo enfermase y acabara por morir de una inflamacion de los pulmones; el jóven, los tres pernopteros y el seudaeto, conservaron su salud, y pude enviarlos á Alemania. En el camino padeció mucho el gipaeito por el calor, pues estaba siempre con el pico abierto, cual si necesitara aire fresco y agua; cada vez que se detenía el coche, pasaba la cabeza por entre las varillas de su jaula, como pidiendo de beber, y cuando satisfacíamos su deseo, nos dirijía una mirada de reconocimiento.

» En la travesía se granjeó muy pronto el cariño de todos los

marineros, y recibió un alimento abundante de la cocina del buque. Se le dejó á menudo libre en el puente, y nunca hizo ademán de probar la fuerza de sus alas.»

Scheitlin ha observado otros dos gipaeitos, que fueron cojidos siendo adultos. «Se puso al primero, dice, en una habitacion especial: al principio estaba siempre vuelto contra la pared; pero una vez que se acostumbró á su amo, no lo hizo ya. Le habian atado con una correa á una percha, para impedir que huiese, y la cortó de un picotazo.

» Habiéndole puesto una cadena, arrastróla y la mordió, aunque inútilmente, y al fin fué preciso quitársela, y dejarle libre. Al principio erizaba las plumas cuando se acercaban á él; mas tarde no manifestó cólera sino al ver personas desconocidas. Solo una vez en diez años hirió de un picotazo la mano de un individuo demasiado confiado, que quiso jugarle con él.

» Miraba con los ojos muy abiertos todo lo que parecia nuevo. Dícese que esta ave no puede sufrir el color rojo; lo que hay de cierto es que sabe reconocerle. Cuando su amo se acercaba con un traje distinto del que llevaba siempre, conducíase con él como con un extraño; mas apenas oía su voz, manifestaba reconocerle. Su dueño podia acariciarle, levantarle las alas y extenderlas para enseñar su anchura, sin que la rapaz opusiera resistencia. Por la habitacion corrían marmotas á su vista, y no parecia fijarse en ellas; miraba á los perros con los ojos muy abiertos, pero nunca trató de acometerles. Ningun animal le temía; únicamente los gatos cobraban tal miedo al verle, que parecían volar por la habitacion, y lan-

zábanse de un salto de la ventana á la calle. Si se le ponían entre las patas algunas palomas, urracas y cornejas, no se movían, ni trataban de volar; no daban señales de inquietud; mostrábanse indiferentes y se dejaban cojer. La rapaz se las llevaba á su percha, y muy tranquilamente, y sin que pareciese tener hambre, arrancábase la cabeza, abría el vientre, cortaba las patas y las alas, despojaba el tronco de su piel y se comía despues los huesos. No se le podia acostumbrar á otro régimen: era pesado y perezoso, y estaba todo el dia en su percha; si le dejaban en el suelo, miraba hácia arriba mucho tiempo sin decidirse á volar. No parecia impresionarle ningun ruido; solo sus ojos estaban animados, y á fé que no creo que ningun sér los tenga tan hermosos, aunque su expresion es mas bien de ferocidad que de inteligencia. Gustábase beber agua y leche; los parásitos le atormentaban, y por esto se dejaba untar con aceite sin la menor oposicion, y parecia agradecer el servicio que le prestaban.

» Un segundo gipaeito que enfermó luego suspiraba á menudo como un hombre, y se dejaba medicamentar. Sus alas se paralizaron; dejálas caer y se echó en su percha. Como aumentase su debilidad, saltó á tierra, reclinóse de lado, suspirando siempre, y en calma y tranquilo quedó sumido en el sueño eterno.»

Kruper vió un gipaeito cautivo en Atenas; dice que comía pieles de pájaros disecados y pan blanco. Aprendió bien pronto á conocer á Kruper y á dejarse acariciar por él, cosa que no permitía á ninguna persona desconocida.

LOS BUITRES — VULTURES

CARACTÉRES.— Los vultúridos propiamente dichos tienen formas mas macizas que los gipaeítidos, y son las mas pesadas de todas las rapaces. El cuerpo es grueso; el pecho sumamente ancho; las alas largas, anchas y un poco redondeadas; las pennas erectiles; los tarsos fuertes y de regular altura, desnudos á partir de los talones; los dedos largos y fuertes, sin ser prensiles; las uñas poco encorvadas y romas; el pico tan largo como la cabeza, poco mas ó menos, fuerte, recto, muy corvo, mas alto que ancho, con gancho de un largo mediano, bastante acerado, y bordes cortantes, escotados lijeramente. Las plumas son muy grandes, largas y anchas: una parte del cuerpo carece por completo de ellas y está desnuda, ó cubierta solamente de una especie de plumon vellosa, mas ó menos compacto. Predominan en el plumaje los colores oscuros, mal definidos, aunque algunos vultúridos le tienen muy extraño; las partes desnudas presentan colores vivos, los ojos son grandes y expresivos, y las fosas nasales están diversamente dispuestas.

LOS SARCORAMFOS — SARCORAMPHUS

CARACTÉRES.— Debe considerarse á estas rapaces como los mas nobles de todos los vultúridos: tienen el cuerpo medianamente prolongado; las alas largas y delgadas; la cola larga tambien, así como los dedos; los tarsos altos; el cuello mediano; la cabeza pequeña; el pico largo, redondeado, comprimido lateralmente, en extremo ganchudo, adornado en el macho de una especie de cresta, y rodeado en la region de la barba de un lóbulo cutáneo. Las fosas nasales no están separadas por un tabique. Las plumas son mas angostas que las de los otros vultúridos, pero de colores mas vivos; ciertas partes carecen completamente de ellas. El macho es mayor que la hembra.

EL SARCORAMFO CONDOR—SARCORAMPHUS GRYPHUS

El condor (fig. 148) ha pasado por las mismas fases que el gipaeito: se le ha desconocido, se le ha vituperado, y se han escrito las mas fabulosas historias acerca de él, historias que fueron creídas: hasta los mismos sábios llegaron á darle el nombre de grifo (*gryphus*). Tanta exageracion puede explicarse sin embargo: «En este país extraordinario, dice Tschudi, donde se hallaba el oro y la

plata á montones, creíase que los animales debían ofrecer tambien formas extrañas; escuchábanse con avidez los relatos de los viajeros que solo habian observado superficialmente á estas rapaces, y se daba libre curso á la fantasía, aumentando alguna cosa en las historias.» Hasta el presente siglo no ha quedado bien averiguada la verdadera historia natural del condor, siquiera recientemente no hayan faltado naturalistas que tomaron bajo su responsabilidad algunos asertos, evidentemente falsos. No obstante, Humboldt, Darwin, d'Orbigny y J. J. de Tschudi nos han dado á conocer bien al ave, antes de ellos fabulosa, poseyendo ya la descripción completa y exacta de su género de vida.

CARACTÉRES.— El condor adulto tiene el plumaje negro, con lijeros visos de un azul de acero; las rémiges primarias de un negro mate, y las secundarias de un negro agrisado, orilladas exteriormente de blanco; las grandes cobijas del segundo orden son de un tinte blanco sobre las barbas externas; el occipucio, la cara y la garganta de un gris negruzco; el cuello de un color de carne lívido, y la region del buche de un rojo pálido. Un lóbulo cutáneo, que pende de la garganta, y los dos pliegues verrugosos de los lados del cuello, son de un rojo vivo; adorna la parte inferior del cuello un collar de plumas, bastante largas y blancas; el ojo es de un tinte carmin subido; el pico color de cuerno y las patas de un pardo oscuro.

La hembra carece de cresta; la piel desnuda de la cabeza es pardusca, y todo el plumaje de un pardo negro uniforme, con tintes cenicientos en las alas.

Segun Humboldt, el macho tiene 1^m.08 de largo por 2^m.90 de punta á punta de ala; esta plegada 1^m.21 y la cola 0^m.39; una hembra que midió dicho naturalista, tenia 0^m.03 menos de largo por 0^m.25 de desarrollo de las alas. Darwin, por su parte asegura haber matado un condor de 1^m.20 de largo y 2^m.80 de ala á ala; pero Poeppig dice formalmente: «Ningun condor de los que yo he visto tenia menos de 3^m.30 de amplitud de alas; medí muchos durante el verano en los Andes, y por el invierno en Talcahuano; y hallé que la mayor anchura era de 5^m.04.» Semejante diferencia entre estas cifras y las de Humboldt y Darwin, induce á suponer, ó que Poeppig no ha tomado él mismo las medidas de que habla, ó que si las tomó, hubo de incurrir en un error.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— El condor habita en las altas montañas de la América del sur: se le encuentra desde Quito hasta el 45° de latitud sur; en los Andes vive particularmente en

una zona de 2 á 500 metros sobre el nivel del mar; en el estrecho de Magallanes y en Patagonia, llega hasta la orilla del mar, y anida en las costas bravas escarpadas, cuyo pié bañan las olas. En el Perú y en Bolivia baja muchas veces hasta las costas; dice Tschudi que abunda diez veces mas en las alturas que en el llano; y admítase generalmente que es de todas las aves la que mas se eleva por los aires. Segun Humboldt, se la vé con frecuencia cerniéndose sobre la cima del Chimborazo, mucho mas allá de la region de las nubes, y á una elevacion que se calcula exceder de 7,000 metros.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.— Todo cuanto vemos en los usos y costumbres del condor de los Andes nos representa al verdadero buitre: es sociable y forma bandadas compuestas

de cincuenta ó sesenta individuos, los cuales se diseminan á la llegada del período del celo para aparearse. Cada una de estas bandadas se fija en alguna pared de roca, y allí permanece de continuo, recorriendo por la mañana una extension de la que dificilmente se puede formar idea; elévanse primero los condores lentamente á impulso de algunos aletazos; y despues, á semejanza de los grandes vulturidos, comienzan á cernerse sin agitar las alas; trazan vastos círculos, y segun la direccion del viento, elévanse por los aires ó bajan hácia la tierra. Cuando uno de ellos divisa una presa, déjase caer y le siguen todos los demás. «En menos de un cuarto de hora, dice Tschudi, caen nubes de condores sobre el cadáver abandonado de un animal, siendo así que un momento antes no hubiera



Fig. 148. — EL SARCORAMFO CONDOR

podido descubrir un solo individuo la vista mas penetrante.» Si la caza ha sido feliz, vuelven á eso del medio día á su roca para descansar algunas horas; y por la tarde comienzan á buscar de nuevo su alimento.

Los condores, lo mismo que todos los vulturidos, se nutren principalmente de restos animales: Humboldt dice que de dos en dos dan caza al ciervo de los Andes, al puma, á la vicuña y aun al guanaco; fatigan á estos animales; les golpean con las garras y el pico, hasta que caen extenuados, y se hacen dueños de su victima. Añade que los daños que ocasionan estas rapaces en los ganados de la provincia de Quito, sobre todo en los de ovejas y vacas, son á veces muy considerables; pero algunos observadores mas recientes, en particular d'Orbigny y Tschudi, están acordes en que los condores son del todo inofensivos para las vicuñas ó los guanacos adultos, lo cual no quiere decir, sin embargo, que no cometan ningun destrozo. Dice Tschudi que siguen á los rebaños salvajes y domésticos para hacer presa inmediatamente sobre los animales que perecen; y como las manadas de vicuñas, de guanacos y otras especies, son tan numerosas en las montañas, encuentran siempre un alimento abundante. Muchos de aquellos animales mueren de hambre ó por accidente, y además de esto, las hembras dan á luz hijuelos muertos; de manera que rara vez sufren hambre los condores. Algunas veces también, añade Tschudi, acometen á los corderillos recién nacidos, ó á los caballos enfermos, cuyas heridas agrandan á picotazos, y á los que rematan abriéndoles el pecho. Siguen continua-

mente á los cazadores: cuando estos desuellan una vicuña ó un ciervo de los Andes, se ven á menudo rodeados de bandadas de condores, que se precipitan con avidez sobre los intestinos, sin manifestar ningun temor al hombre. Acompañan al puma en sus excursiones para devorar las sobras de su comida. «Cuando estas rapaces se dejan caer y remontan luego súbitamente, dice Darwin, el chileno sabe que hay allí un puma, velando sobre su presa, que las ahuyenta.»

En la época en que las ovejas dan de mamar á sus hijuelos, los condores siguen á los rebaños, y aprovechan toda ocasion favorable para apoderarse de un cabrito ó un corderillo; y por lo mismo se enseña á los perros de ganado á correr alrededor de las reses mientras se halle el enemigo á la vista, y á mirar siempre hácia las alturas, ladrando vigorosamente si se divisa alguna de las rapaces.

En las orillas del mar se alimentan de grandes mamíferos marinos, arrojados por las olas á la playa; evitan la proximidad de las casas, por mas que no les inspire temor el hombre. No acometen á los niños, ó por lo menos no se conoce ejemplo de ello: dice Humboldt que con frecuencia duermen los muchachos al aire libre, mientras que sus padres recojen la nieve para ir á venderla al llano, y que no temen nada del condor. Los indios, por su parte, aseguran que el ave no es peligrosa para el hombre.

Estas rapaces despedazan su presa como los otros vulturidos. «Comienzan, dice Tschudi, por separar las partes que ofrecen menos resistencia, tal como los ojos, las orejas, la lengua y los peda-

zos blandos que hay alrededor del ano, donde practican un gran agujero á fin de penetrar en la cavidad abdominal. Cuando se reunen varios individuos alrededor de un cadáver, no les bastan ya los orificios naturales para comer bastante de prisa, y practican aberturas en el pecho ó el vientre. Los indios pretenden que la rapaz sabe perfectamente dónde está el corazón, y que siempre es el órgano que primero busca.»

Una vez harto, el condor es pesado y perezoso; si se le obliga á emprender el vuelo vomita los alimentos que llenan su buche. En ciertas localidades, sobre todo en las altas montañas, es muy difícil alejarlos de su presa, pues siempre vuelven donde está: á lo largo de las costas se muestran mas tímidos y cautos.

El condor anida á principios de año: su nido, si tal nombre puede dársele, está situado en las rocas mas inaccesibles de las cimas de las cordilleras; con frecuencia pone la hembra en la tierra desnuda dos huevos, que tienen un color blanco amarillento con manchas pardas. Los pequeños nacen cubiertos de un plumon agrisado; crecen lentamente y no emprenden su vuelo hasta mucho tiempo despues de haber salido á luz, permaneciendo largo tiempo bajo la tutela de sus padres, que los defienden valerosamente en caso de peligro. «En mayo de 1841, refiere Tschudi, nos perdimos en una escarpada cresta, persiguiendo á un ciervo herido, y divisamos, á menos de cuatro pies, debajo de nosotros, tres hembras que se preparaban á cubrir. Nos recibieron con espantosos gritos amenazadores, y pudimos temer que nos precipitaran por la cresta donde nos hallábamos, la cual tenia apenas dos piés de anchura. Solo retirándonos prontamente á un sitio mas espacioso conseguimos evitar el peligro.»

CAZA.— Los indios cojen muchos condores, y parece que se complacen en maltratarlos. Llenan el vientre de un animal de yerbas narcóticas; despues de atraccarse de ellas, el condor vacila y titubea; como si estuviese embriagado; y entonces se le atrapa fácilmente. Otras veces se tira en la llanura un pedazo de carne de modo que se halle en un recinto cercado, y se espera á que las aves se atraquen; despues se lanzan sobre ellas varios ginetes, y las cojen con el lazo. Molina nos habla de otro género de caza, y su relato ha sido confirmado por Tschudi, por mas que parezca inverosímil; hélo aquí: «Extiéndese sobre el suelo una piel de buey, que conserva todavía algunos restos de carne, y debajo de ella se oculta un indio, provisto de lazos.— Cuando se posa una de las rapaces, el hombre levanta la piel envolviendo con ella la pata del condor, como si la pusiera un guante; sujétala luego, y cuando algunos individuos están aprisionados así, aléjase rastreando. Otros cazadores, que acuden despues, arrojan varias mantas sobre las aves y se las llevan á los pueblos, donde deben figurar en las corridas de toros. Ocho dias antes de la fiesta no se da nada de comer á los condores, y el dia fijado se ata uno de ellos en el lomo de cada toro, á los que se hiere antes con algunas lanzadas; el ave hambrienta agranda la herida, é irrita de este modo al cuadrúpedo con gran contento de los indios.

» En la elevada meseta de la provincia de Huarochirin hay un sitio donde se matan fácilmente muchos condores: es una especie de embudo natural, de unos sesenta piés de profundidad, que tiene el mismo diámetro en su abertura. Se pone á la orilla el cadáver de un mulo ó de un llama, y bien pronto llegan los condores. Disputando entre sí, y tirando cada cual por su lado, acaban por hacer rodar el cuerpo al fondo del agujero, y le siguen allí para devorar la presa; pero una vez hartos, es tal su pesadez, que no pueden salir de aquel embudo. En aquel instante aparecen los indios, que provistos de largos palos, matan fácilmente á las aves.» Tschudi añade que asistió á una cacería por el estilo, en la que se mataron veinte y ocho condores: á los que se conservan cautivos se les pasa un anillo á través de las fosas nasales.

En las altas montañas no es muy difícil cazarle con armas de fuego, pues abunda tanto, que casi es seguro encontrarle. Ulloa cree que no se puede atravesar el plumaje de un balazo; pero ningun cazador acostumbrado á manejar la carabina podrá creer semejante aserto. Humboldt, no obstante, cita un caso que demuestra que la rapaz tiene mucha mayor resistencia vital que todas las otras; dice así: «En Riobamba, hallándonos en casa de nuestro amigo D. Gabriel Matusar, corregidor de la provincia, presenciamos los experimentos que hicieron los indios sobre un condor para matarle. Se comenzó por oprimirle la garganta con una cuerda, y colgándole de un árbol, tiraron con fuerza de las patas algunos minutos.

Apenas se quitaron las ligaduras, comenzó á pasearse el condor como si nada le hubieran hecho; luego se le dispararon tres balas con una pistola, á menos de tres pasos de distancia, las cuales penetraron todas en el cuerpo; estaba herido en el cuello, en el pecho y el vientre y permanecia siempre de pié; una cuarta bala rebotó en el fémur y cayó al suelo; pero el animal no murió hasta media hora despues de haber recibido numerosas heridas. Bonpland ha conservado largo tiempo la bala que del choque cayó al suelo sin penetrar.»

CAUTIVIDAD.— Se han observado con frecuencia condores cautivos: algunos se domestican perfectamente; otros siguen siendo malignos y salvajes. Tschudi tuvo uno que se defendia vigorosamente cuando se trataba de tocarle; cierto dia arrancó de cuajo una oreja al negro encargado de cuidarle. Poco despues, este mismo condor persiguió á un negrito de tres años, derribóle por tierra y le picoteó la cabeza, causándole varias heridas mortales. Hallándose á bordo del buque, hirió á varios marineros, que le habian irritado ó que se acercaron mucho á él.

Los condores del Jardin zoológico de Hamburgo no manifiestan el menor afecto al hombre; á menudo han tratado de maltratar á los guardianes.

Hackel, por el contrario, tuvo largo tiempo dos de estas aves, que eran muy agradables. «Es increíble, dice el conde Gourcy, que tengan una índole tan afable; y que estén dotados de tanta inteligencia y comprension. Han cobrado afecto á su amo, particularmente el macho, el cual al verle no deja nunca de saltar de alegría en su jaula. Á una orden sube á su percha; se posa en el brazo de su dueño; se deja llevar por él y le acaricia la cara con el pico. No le hace el menor daño aunque le introduzca los dedos en aquel órgano ó le eche de espalda tirándole de las plumas. Juega como un perrito: la hembra no tardó en tener envidia de aquellos halagos, y ahora tira de la ropa á su amo hasta que le dá de comer; son muy envidiosos uno de otro, y con frecuencia desgarran el vestido de aquel, tirando cada cual por su lado. El macho salta alegremente de un lado á otro como un chiquillo, y con todo retoza. Estos condores difieren de las demás rapaces por lo mucho que se han domesticado, y de los buitres por su alegría.»

Los condores viven en buena inteligencia con los otros vulturidos, y se sirven de su pico con tal fuerza y habilidad, que hasta los mismos buitres leonados tienen que cederles el puesto.

USOS Y PRODUCTOS.— El condor figuró en la religion de los antiguos peruanos, y aun hoy proporciona preciosos medicamentos á la terapéutica india. Empléase contra la epilepsia el corazón crudo ó seco, reducido á polvo; la mucosa del estómago sirve de tópico para el cáncer del pecho; y si se ha de juzgar de lo que Tschudi dice haber visto, produce muy buenos efectos.

EL SARCORAMFO DE CALIFORNIA—SARCORAMPHUS CALIFORNIANUS

CARACTÉRES.— Dice Taylor que los individuos de esta especie miden 1^m48 de largo, de los que corresponden 0^m41 á la cola, y las alas desplegadas 2^m86. El plumaje es uniformemente pardo oscuro ó negro; debajo del ala hay una mancha triangular de color blanco súcio, que se extiende sobre el pecho; algunas plumas externas de la parte inferior de la misma tienen un viso blanco; la cabeza, excepto una faja triangular cubierta de plumitas, está completamente desnuda y es de un tinte amarillo de limon; el cuello es de color de carne súcio.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— Esta rapaz habita las montañas de California.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.— Vive entre las rocas; pero á menudo baja hasta las orillas del mar: los peces constituyen su principal alimento; en todo lo demás se asemeja á la especie anterior.

EL SARCORAMFO PAPA — SARCORAMPHUS (GYPARCHUS) PAPA

El sacoramfo papa ó real (fig. 149), ha sido separado últimamente de los condores, y con él se ha formado el género *gyparchus*, teniendo en cuenta caracteres de poca importancia. Lo que le diferencia sobre todo, segun Tschudi, es la conformacion de las fosas